

Excelentísimo Señor Rector Magnífico de la Universidad de Granada

Distinguidas autoridades

Queridos colegas, estudiantes y funcionarios

Señoras y señores

Hoy, día de la inauguración solemne del curso 2004, la Universidad de Coimbra, presenta, a través de la voz de su Rector, los más fraternales saludos a la Universidad de Granada.

Es un enorme privilegio hablar en nombre de una institución con tantos siglos y tanto prestigio como la que estoy ahora representando. Y un privilegio todavía mayor - y una gran responsabilidad - poder hacerlo aquí, en Granada, en una Universidad también enriquecida por una historia legendaria y, sin embargo, ávida de futuro.

Hace casi veinte años, un conjunto de Universidades europeas se reunió formando un grupo al que la Universidad de Coimbra tuvo el honor de dar su nombre. Los que inspiraron la creación de este grupo creyeron que era posible - ¡y, de hecho, en aquel momento era un acto de fe! - reunir a las más antiguas - y, por lo tanto, a las más orgullosas - universidades situadas fuera de las grandes capitales, no en un club conservador y arrogante, sino en una especie de consejo capaz, a partir de una profunda experiencia y de una tradición venerable, de iluminar los caminos del futuro. Las treinta y siete Universidades del Grupo de Coimbra detenta un patrimonio cultural sin par. Tienen la responsabilidad de preservarlo y, de la misma manera, se sienten empeñadas en desarrollar su potencial pedagógico y científico. El desafío que se nos plantea es, por lo tanto, añadir a ese sitio que estas Universidades nunca podrán dejar de tener en nuestro pasado, el sitio que nunca podrán dejar de tener en nuestro futuro. Dirigir la mirada hacia fuera, reforzar la intervención cultural y la

prestación de servicios a la comunidad, y articularlas con la oferta educativa y con las actividades de investigación: son éstas las líneas de orientación estratégica a las que debemos dar prioridad. No sólo porque permiten crear un marco más favorable para su normal funcionamiento, sino también porque llevan en sí oportunidades y desafíos que se deben interrelacionar, creando una nueva ligazón con la sociedad en que se integran y construyendo una nueva imagen de abertura al mundo.

Asumir la diferencia histórica y la responsabilidad de ejercer la ciudadanía, por una parte, y alcanzar la excelencia en los dominios de la enseñanza y de la investigación, por otra, proyectando en el futuro una mirada que el pasado ha enriquecido: es éste el doble deber que nos acerca. "Ciudadanía", "Diferencia", "Excelencia" - palabras tan repetidas, y a veces tan en vano, que nos exigen una renovada legitimización - definen de forma ejemplar lo que somos y lo que hacemos, lo que queremos ser y lo que queremos hacer, nosotros, Universidades del Grupo de Coimbra.

1. Cada vez que damos una clase o publicamos un artículo, cada vez que aprobamos un nuevo proyecto de investigación o concluimos un curso de postgrado o un doctorado, cada vez que iniciamos una actividad de extensión universitaria u organizamos un congreso científico, estamos poniendo un ladrillo en el edificio, estamos recorriendo unos metros más de ese camino a que he llamado *Hacer Univer[sc]idad* (escrito simultáneamente con s y con c). *Hacer* porque damos prioridad siempre a la capacidad de realización de los proyectos, encuadrados en una estrategia previamente definida. *Univer[sc]idad*, con s de sabiduría y c de **ciudadanía**, porque en la ligazón entre el saber y el mundo es como debemos entender hoy el proseguimiento de los objetivos y de la misión de la institución universitaria.

2. Nuestra **diferencia** significa más deberes y mayores responsabilidades. Tiene que ver con un largo pasado, y por lo que se refiere a nuestras dos Instituciones, con un largo pasado peninsular. Nuestras regiones fueron primero romanizadas. Después fuimos cristianizados antes que el resto de Europa. Nuestras naciones descubrieron el Nuevo Mundo. Nuestros museos, archivos, bibliotecas, monumentos, nuestros paisajes, nuestro suelo rezuman vestigios tan deslumbrantes que provocan cierto vértigo en el pensamiento que sobre ello reflexiona. Nuestra individualidad esta hecha de esta historia milenaria y en ella sustentamos la base espiritual de acción y de proyección en el futuro.

La solidaridad ibérica encuentra hoy una forma de manifestarse, en el terreno universitario, en la **América latina**, convocándonos a hacer un trabajo conjunto en tierras de allende mar donde nuestros antepasados hicieron resonar nuestras lenguas, por primera vez hace más de cinco siglos. Nuestras universidades acogen hoy a estudiantes e investigadores llegados de todos los países iberoamericanos atraídos a Europa por ese nombre mágico que tenemos y por el evidente parentesco que nos une. Esta relación privilegiada entre universidades de ambos lados del Océano Atlántico, no se limita a la firma de acuerdos y de convenciones de naturaleza jurídico-administrativa, sino que se apoya en afinidades electivas como las que unen a los individuos que se sienten cercanos entre sí. Éste es sin duda un campo en el que podemos hacer valer en Europa nuestras especificidades.

Pero nuestra originalidad peninsular posee, entre sus componentes culturales, un rasgo cuyo significado histórico se reviste, en el siglo XXI, de un interés nuevo. Me refiero a nuestra familiaridad con el mundo árabe. Granada, en este aspecto hoy tan crucial, le lleva la palma a todas las demás ciudades, por la

síntesis civilizacional del modelo que propone. Coimbra, a su vez, recuerda su herencia musulmana en el origen del propio Palacio en que está instalada, desde el siglo XVI, la sede de la Universidad. Sede que, con anterioridad, había sido el Palacio Real donde los primeros monarcas cristianos decidieron habitar, desde el siglo XII, y antes aún, orgullosa Alcazaba islámica construida en el siglo XI por Almanzor. Esta cercanía latente, y durante mucho tiempo "reprimida", nos permite, ya totalmente recuperada, descubrir al Otro en nosotros mismos, como elemento constitutivo de nuestra diferencia ibérica. No hay duda de que los **estudios islámicos y orientales** que nos gustaría fomentar en Coimbra serían un lazo más de acercamiento entre nuestras universidades. El beneficio de la exploración de un pasado musulmán común debe ser, hoy más que nunca, de carácter cultural, es decir, humano: como respuesta a la violencia, tentación de la ignorancia, la universidad sólo puede armarse con el conocimiento, con el conocimiento de sí misma y con la problemática de la relación con el otro. El grave contexto en que nos encontramos hoy les confiere una justificación y una urgencia sin precedentes.

3. Si la diferencia es el resultado de una situación histórica y geográfica inalienable, la **excelencia** es una conquista incesante y nunca definitiva. La política comunitaria ha inscrito la excelencia en la proa de su programa. O somos excelentes o desaparecemos: ésta es la dura ley del mercado universitario mundial. Y, lo queramos o no, la formación, y en particular, la enseñanza superior, son ahora el terreno de una competición despiadada. No podemos seguir viendo cómo todos los años se van a América del Norte miles de investigadores en busca de una cualificación y de una exaltación intelectual que - y están convencidos de ello - no pueden recibir en Europa. La disparidad de nuestros diplomas y de nuestros *curricula* erige, entre los países europeos, fronteras que han dificultado la **movilidad** de nuestros estudiantes:

¡lejos están los tiempos de esa Edad Media que le permitía a Tomás de Aquino enseñar en París sin tener que solicitar la más mínima homologación en la Administración central! Es urgente aumentar la **comparabilidad** de las formaciones dadas en los diversos países sin cometer, no obstante, el error de disminuir la diversidad de sistemas. No podemos autorizar que a la dictadura de la lengua inglesa le siga la imposición de la cultura anglosajona, paso a paso, en todos los aspectos de la organización de la sociedad. La Declaración de Bolonia nos convoca, precisamente, para este verdadero desafío: la construcción de un Espacio Europeo de Enseñanza Superior en donde convivan diferentes modelos y diferentes culturas organizacionales. La idea de una cultura única se me hace insoportable.

La evaluación de la calidad nos impone, por otra parte, una firme y constante prueba de la verdad. ¿Y quién puede negar el saludable efecto del principio de realidad? ¿No han sabido nuestras viejas universidades revelar, frente a estas nuevas exigencias, una capacidad insospechada de adaptación, en la estela del espíritu, también aquí innovador del Grupo Coimbra, que ha preconizado desde siempre las indispensables reformas ya iniciadas?

Asociar la gran tradición, simbólicamente inscrita en la espléndida arquitectura de nuestros edificios y en la solemnidad de las ceremonias y de los rituales que todavía seguimos, al esfuerzo de modernización que implica la voluntad de excelencia, requiere de cada uno de nosotros - y no sólo de la administración universitaria - un movimiento de adhesión a un proyecto colectivo. Estudiantes, funcionarios, profesores, investigadores, todos debemos estar unánimemente implicados en una misma aventura, todos debemos mostrarnos dignos del pasado que hemos heredado, todos debemos sentirnos responsables del futuro que estamos delineando. ¡Una circunstancia solemne, como la que nos

congrega hoy aquí, nos recuerda anualmente que una Universidad es algo más que una máquina de expedir diplomas o graduaciones!

4. La conciencia cultural e histórica de la diferencia, la búsqueda de la excelencia pedagógica y científica no agotan la razón de ser de universidades como las nuestras. En la intimidad del trabajo intelectual es en donde reside el más sólido y el menos visible fundamento de nuestras Escuelas. La universidad es un sitio en que los espíritus pueden libremente entregarse al esfuerzo y a la alegría de comprender. La universidad es **liberación**. De aquí su vocación democrática, su llamamiento a una democratización siempre mayor. En la confrontación ( y en el diálogo) con un texto, con un objeto manual, con un problema geométrico, la inteligencia se mide a sí misma y sólo de sí misma puede esperar su salvación. Aquí es donde reside la soledad de la razón, cuya fecundidad tan bien demostró Gaston Bachelard. Soledad y libertad de espíritu: la vida universitaria, esencialmente colectiva, sólo tiene sentido, a pesar de todo, dentro de esta experiencia interior e individual que ella debe favorecer por todos los medios posibles. Y la verdadera igualdad de los espíritus cabe enteramente en esta confrontación que el esfuerzo intelectual - el esfuerzo de la razón - presupone. Recorro, para terminar, a un párrafo especialmente significativo de la conclusión de ese viejo filósofo de las ciencias sobre *El Racionalismo aplicado* : " Bientôt octobre, le grand mois, le mois où toutes les écoles sont jeunes, le mois où tout recommence pour la pensée studieuse. Et voilà qu' avec un seul bon livre, avec un livre difficile, je vis dans un octobre permanent! Comme la nouvelle raison est vigoureuse! Quel beau temps de pensée attendant la jeunesse studieuse d'aujourd' hui!"

A la Universidad de Granada, a sus profesores, a sus estudiantes, a sus funcionarios les expreso, en nombre de la Universidad de Coimbra, mis más cálidas felicitaciones y mis más vivos deseos de éxito.